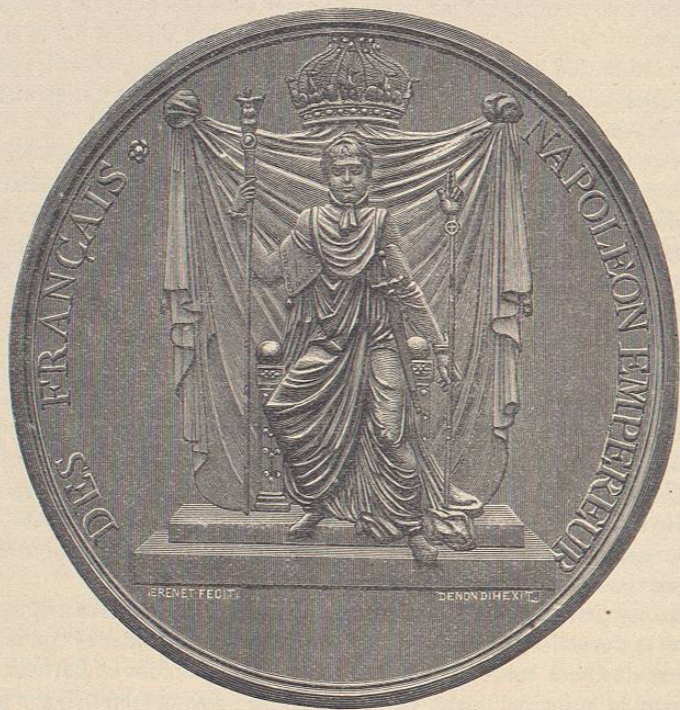


suecos empleados en la Pomerania y el compromiso de enviar á Stralsund un cuerpo de veinte mil ingleses. La Prusia, por su parte, había prometido enviar á Stralsund de ocho á diez mil prusianos, que juntos con veinte mil ingleses y con quince mil suecos, debían formar á las espaldas de Napoleón un ejército respetable, tanto más temible para él por cuanto se cubría con el disfraz del armisticio firmado por el mariscal Mortier.

No sedujeron al Austria estas estipulaciones cuando le fueron comunicadas; por otra parte, la toma de Dantzig, que atestiguaba la impotencia de los rusos, basta-

Koenigsberg, donde iban á esperar el resultado de la campaña, dejaron á sus generales la orden de tomar la ofensiva lo más pronto posible.

El general Benningsen se había apostado en la corriente superior del Alle, en Heilsberg, donde, á imitación de Napoleón, había establecido un campo atrincherado, varios almacenes muy mal surtidos, y preparado su terreno para dar una batalla defensiva si Napoleón entraba el primero en acción. Podía reunir bajo sus órdenes cerca de cien mil hombres. Además de esta masa principal, tenía á su izquierda un cuerpo de diez y ocho



Sello de Napoleón como emperador de los franceses (1804-1814). - Anverso
De una copia existente en el Museo Británico, de Londres

ba, con todo lo demás que se sabía en Viena sobre la situación relativa de los ejércitos contendientes, para que esta corte se redujese más á su sistema de política expectante.

Estaban, pues, reducidos Alejandro y Federico Guillermo á luchar contra los franceses con las reliquias de las fuerzas prusianas, que consistían en unos treinta mil hombres, la mayor parte prisioneros nuestros huídos, con el ejército ruso reemplazado, con los suecos y con un cuerpo inglés prometido en la Pomerania. Los soldados del general Benningsen estaban siempre sumidos en la más cruel penuria, y mientras Napoleón sabía sacar de un país enemigo los más abundantes recursos, la administración rusa ignoraba el modo de encontrar con qué aplacar el hambre devoradora de su ejército en un país amigo y con medios de navegación considerables. Aquel desgraciado ejército sufría y se quejaba; pero al ver á su joven soberano en Bartenstein, unía á sus dolorosos clamores exclamaciones de afecto, y le engañaba prometiéndole con ellas mucho más de lo que podía hacer por la política y por la gloria del imperio moscovita. Aunque ignorante, comprendía muy bien la inutilidad de aquella guerra, pero pedía que se le hiciese avanzar aunque no fuera más que para conquistar víveres. Así, pues, los dos soberanos al trasladarse el uno á Tilsit y el otro á

mil hombres sobre el Narew, situado primeramente bajo el mando del general Essen, y después bajo el del general Tolstoy. Tenía á su derecha cerca de veinte mil hombres de la división Kamenski, que había vuelto á Weichselmünde, y del cuerpo prusiano de Lestocq; tenía, por último, varios depósitos en Koenigsberg, de modo que reunía entre todos ciento cuarenta mil hombres, extendidos desde Varsovia hasta Koenigsberg, de los cuales había cien mil reunidos sobre el Alle, enfrente de nuestros acantonamientos del Passarge. El general Labanof llevaba un refuerzo de treinta mil hombres, de tropas sacadas de lo interior del imperio; pero estas tropas sólo debían entrar en el teatro de la guerra después que volvieran á empezar las operaciones.

Aunque este ejército pudiera presentarse con confianza ante cualquier enemigo, no podía combatir con probabilidades de éxito contra el ejército francés de Austertitz y de Jena, al cual, por otra parte, era muy inferior en número desde que Napoleón había tenido tiempo para sacar de Francia y de Italia las nuevas fuerzas, cuya prolija enumeración hemos hecho precedentemente.

Napoleón, en efecto, acababa de recoger el fruto de su incesante desvelo y de su admirable previsión. Su ejército, descansado ya, bien mantenido y completo, podía hacer frente á todos sus enemigos, los ya decla-

rados y los dispuestos á declararse á la primera coyuntura.

El mariscal Brune, á sus espaldas, tenía un ejército de cerca de ochenta mil hombres, entre quince mil holandeses, reunidos en las ciudades anseáticas; catorce mil españoles, procedentes de Liorna, Perpiñán y Bayona, y en marcha hacia el Elba; quince mil wurtembergueses, recientemente destinados á la conquista de las plazas de la Silesia; diez y seis mil franceses de las divisiones de Boudet y Molitor, llegados actualmente á Alemania; diez mil hombres, de los batallones de guar-

Al otro lado del Vístula, y presentando el frente al enemigo, poseía Napoleón cinco cuerpos, además de la guardia y de la reserva de caballería.

Massena, que ocupaba á la vez el Narew y el Omulew, con su derecha cerca de Varsovia, su centro en Ostrolenka y su izquierda en Neidemburgo, guardaba la extremidad de nuestra línea con treinta y seis mil hombres, de los cuales había veinticuatro mil dispuestos á combatir. Comprendíanse en este número seis mil bávaros.

El cuerpo de polacos de Zayonschek, recientemente



Sello de Napoleón como emperador de los franceses (1804-1814). - Reverso
De una copia existente en el Museo Británico, de Londres

nación que ocupaban á Hameln, Magdeburgo, Spandau, Custrín y Stettin; y el nuevo contingente pedido á la Confederación del Rin. Este ejército podía reforzarse en caso necesario con veinticinco mil veteranos, sacados de las costas de Francia, lo cual le hubiera hecho ascender á ciento diez mil hombres.

Las tropas francesas cansadas, y las aliadas con las cuales se contaba menos, custodiaban á Dantzig ó continuaban el bloqueo de Colberg y de Graudenza. Dos nuevos cuerpos, que eran, como hemos visto, el de Mortier y el de Lannes, reemplazaban en el Vístula al cuerpo disuelto de Augereau. El cuerpo del mariscal Mortier se componía del 4.º ligero, del 15 y 58 de línea, del regimiento municipal de París, que formaba la división de Dupás, y de una parte de los regimientos polacos de nueva creación. El cuerpo de Lannes se componía de los famosos granaderos de Oudinot, del 2.º y del 12 de ligeros, del 3.º y 72 de línea, que formaban la división de Verdier. Los sajones debían constituir la tercera división del cuerpo de Lannes. Estos dos cuerpos ocupaban los diversos brazos del Vístula inferior, el uno en Dirschau y el otro en Mariemburgo. El de Mortier podía poner en el combate unos once ó doce mil hombres; el de Lannes quince mil. Su fuerza nominal era mucho más considerable.

alistado y de fuerza de cinco á seis mil hombres, en gran parte de caballería, perteneciente nominalmente al cuerpo de Mortier, llenaba el intervalo entre Massena y los acantonamientos del Passarge, y hacía patrullas continuas, ya por los bosques, ya por los pantanos del país.

Seguían, por último, los veteranos de los mariscales Ney, Davout y Bernadotte, acantonados los cuatro detrás del Passarge.

Hemos descrito ya el Passarge y el Alle, que nacen uno después de otro de los numerosos lagos de aquella región; pero corriendo el primero á nuestra izquierda, perpendicularmente á la mar, y el segundo recto, por delante, perpendicularmente al Prégel, formando así entre ambos un ángulo cuyos dos lados ocupábamos los rusos y nosotros. Cada ejército estaba formado de distinta manera en el lado que ocupaba: nosotros estábamos tendidos á la orilla del Passarge en su longitud, que tiene veinte leguas desde Hohenstein hasta Braunsberg; los rusos, por el contrario, para hacernos frente estaban reconcentrados en la corriente superior del Alle cerca de Heilsberg.

El mariscal Ney, situado en el vértice de este ángulo, irregular como todos los que traza la naturaleza, abrazaba á un mismo tiempo el Alle y el Passarge, por Guttstadt y por Deppen, con un cuerpo de veinticinco mil

hombres, entre los cuales había diez y siete mil combatientes de tropa incomparable y digna de su jefe. A la misma altura, pero un tanto hacia atrás, estaba el mariscal Davout, como el mariscal Ney entre el Alle y el Passarge, entre Allenstein y Hohenstein, dando el flanco á aquél, é impidiendo que fuese envuelto el ejército y que por Osterode se abriese una salida hacia el Vístula. Su cuerpo, modelo de disciplina y de apostura, formado á semejanza del que le mandaba, podía de cuarenta mil hombres presentar treinta mil en batalla. Este mariscal, merced á su vigilancia y á su entereza, era entre todos el que más tropas ponía siempre en el combate. El mariscal Soult, situado á la izquierda del mariscal Ney, defendía en Liebstadt el centro de la corriente del Passarge con puestos atrincherados en los puentes de Pittehen y de Lomitten. Tenía cuarenta y tres mil hombres de fuerza efectiva y de treinta á treinta y un mil presentes sobre las armas. El mariscal Bernadotte defendía el Passarge inferior, desde Spandau á Braunsberg, con treinta y seis mil hombres, de los cuales veinticuatro mil estaban dispuestos á emprender la marcha. La brillante división de Dupont ocupaba á Braunsberg y las orillas del mar, ó sea el Frische-Haff.

Finalmente, entre el Passarge y el Vístula, en una región llena de lagos y pantanos, se hallaba el cuartel general de Finkenstein, donde se acampaba Napoleón en medio de su guardia, compuesta de ocho ó nueve mil combatientes y de una fuerza efectiva de doce mil hombres. Un tanto á la espalda y hacia la izquierda, en las llanuras de Elbing, estaba diseminada la caballería de Murat, que comprendía toda la caballería del ejército á excepción de los húsares y cazadores, que habían quedado en cada cuerpo como medio de defensa. De treinta mil jinetes presentaba unos veinte mil prontos á montar á caballo.

Tales eran las fuerzas de Napoleón; más de cuatrocientos mil hombres contaba desde el Rhin al Passarge y desde la Bohemia al Báltico entre tropas en marcha ó constituidas ya en el campo de la guerra; tropas que guardaban sus espaldas ó que estaban dispuestas á tomar la ofensiva, soldados útiles, heridos ó enfermos, franceses ó aliados. Si no se considera más que las fuerzas que iban á entrar en acción, si hasta se prescinde del cuerpo de Massena, destinado á defender el Narew, puede decirse que tenía Napoleón á sus órdenes seis cuerpos, á saber: los de los mariscales Ney, Davout, Soult, Bernadotte, Lannes, Mortier, y además la caballería y la guardia, que componía una fuerza efectiva de doscientos veinticinco mil hombres (1), entre los cuales

(1)	Fuerza efectiva	Presentes sobre las armas
Ney	25.000	17.000
Davout	40.000	30.000
Soult	43.000	31.000 ó 32.000
Bernadotte	36.000	24.000
Murat	30.000	20.000
Guardia	12.000	8.000 ó 9.000
Lannes	20.000	12.000
Mortier	15.000	10.000
	221.000	152.000

Añadiendo los polacos de Zayonschek, que podían suministrar unos cinco mil hombres sobre las armas, de siete ú ocho mil de fuerza efectiva, resultan ciento sesenta mil combatientes sobre doscientos veintiséis mil hombres de fuerza efectiva total.

(N. del A.)

ciento sesenta mil eran verdaderos combatientes. Tan dificultosa es la ofensiva; pues cuanto más se avanza, más va cercenando la fuerza de los ejércitos la fatiga, la diseminación y la necesidad de defenderse. Supongamos restituidos al Rhin estos cuatrocientos mil hombres, no por una derrota, sino por un cálculo sugerido por la prudencia, y cada hombre, excepto los enfermos, sería un combatiente. En el Vístula, por el contrario, sólo la mitad escasa podían combatir. Supongámoslos doscientas leguas más adelante, y sólo una cuarta parte podrá hacer frente al enemigo. Y sin embargo, el que conducía aquellas masas era el organizador más grande que ha existido. ¡Demos gracias á la naturaleza de las cosas, que ha dispuesto que el ataque sea siempre más dificultoso que la defensa!

Pero los ciento sesenta mil hombres que Napoleón tenía á su disposición, después de haber suficientemente protegido sus flancos y sus espaldas, se hallaban todos en las filas. Si se hubiera aplicado el mismo modo de contar al ejército ruso, ciertamente no hubiera pasado de ciento cuarenta mil hombres. Los soldados de Napoleón estaban enteramente descansados, mantenidos con abundancia, con el conveniente equipo para la guerra, es decir, vestidos y calzados y bien provistos de armas y municiones. La caballería principalmente, rehecha en las llanuras del Vístula inferior, montada en elegantes caballos alemanes y ocupada de nuevo en sus ejercicios hacía dos meses, presentaba un aspecto soberbio. Quiso Napoleón verla toda reunida en una sola llanura, y se trasladó á Elbing para pasarla revista: diez y ocho mil jinetes, masa enorme, movida por un solo jefe, que era el príncipe Murat, maniobraron á su presencia una jornada entera, y fascinaron de tal modo sus ojos, tan acostumbrados sin embargo á los grandes ejercicios, que escribiendo una hora después á sus ministros, no pudo menos de elogiarles el brillante espectáculo que acababa de sorprenderle en Elbing.

Con una previsión de que se holgó luego mucho, había dispuesto Napoleón que desde 1.º de mayo saliesen todos los cuerpos de los lugares en que estaban acantonados, para acampar por divisiones, al alcance unas de otras, en parajes bien elegidos y defendidos con buenas obras de campaña. Este era el único modo de no ser sorprendido, porque todos los casos de ejércitos asaltados de improviso en sus cuarteles de invierno, han ocurrido con tropas que para alojarse y vivir se habían diseminado. Un ejército impetuosamente atacado en semejante posición, antes de tener tiempo para reunirse, puede perder en número una mitad de su fuerza y en territorio provincias y reinos enteros. La precaución de acamparse, aunque en sumo grado prudente, era sin embargo difícil de conseguir de los jefes y de los soldados, porque tenían que dejar unos acantonamientos donde cada cual había concluido por establecerse á sus anchuras, sin más esperanza que los almacenes para hacerse con los víveres que con más seguridad podían proporcionarse por los lugares. No obstante, así lo exigió Napoleón, y en diez ó quince días todos los cuerpos estuvieron acampados en barracas defendidas por obras de tierra, ó por extensas talas, maniobrando diariamente y recobrando, gracias á su reunión en masa, la energía del espíritu militar, energía que varía al infinito y crece ó mengua, no sólo con la victoria ó la derrota, sino

también con la actividad ó el descanso, con todas las circunstancias en suma que templan ó destemplan el corazón humano como un resorte.

La naturaleza, que aunque tan sombría en aquellos climas durante el invierno, en ninguna parte carece de belleza, sobre todo cuando el sol volviendo á ella la restituye la luz y la vida, por sí sola invitaba á los hombres al movimiento. Brindaba con abundantes pastos para la manutención de los caballos, y permitía consagrar todos los medios de transporte á la subsistencia de los hombres. Los dos ejércitos se hallaban frente á frente, á tiro de cañón, maniobrando á veces el uno á vista del otro, sirviéndose mutuamente de espectáculo, y absteniéndose de hacerse fuego por la certeza que tenían de pasar en breve de una pacífica actividad á una sangrienta lucha. Por ambas partes se esperaba una próxima renovación de las operaciones, y el temor de la sorpresa los mantenía en guardia. Un día, hacia la parte de Braunsberg, que era el puesto ocupado por la división de Dupont, se percibió al anochecer un rumor confuso de voces, que parecía anunciar la presencia de un cuerpo numeroso: acudieron los jefes creyendo que iba por fin á empezar el ataque de los acantonamientos, y que los rusos tomaban la iniciativa; pero al acercarse al punto de donde partía el ruido, vieron una multitud de cisnes silvestres jugueteando en las aguas del Passarge, cuyas orillas habitaban en numerosas bandadas (1).

Entretanto Napoleón, que había vuelto de Dantzig y del Rhin, teniendo reunidos todos sus medios entre el Vístula y el Passarge, resolvió ponerse en movimiento el 10 de junio hacia el Alle para bajar por su corriente, separar á los rusos de Koenigsberg, tomar esta plaza á su misma vista, y repelerlos sobre el Niemen. Había mandado que para el día 10 cada cuerpo de ejército llevase víveres para catorce días, en pan ó en galletas, para cuatro en las mochilas y para diez en los carros. Pero mientras se disponía á renovar las hostilidades, los rusos, resueltos á anticipársele, llevaban ya cinco días de ventaja al ejército francés en su movimiento.

Bien se hubiera comprendido que hubiesen arrojado todos los azares de la ofensiva cuando se trataba de libertar á Dantzig; pero ahora, cuando no había ningún interés urgente que los obligase á apresurarse, sólo en un general sin reflexión y dominado por varios instintos más bien que por una razón ilustrada cabía el atreverse á acometer á Napoleón en posiciones prolijamente estudiadas y cuidadosamente defendidas, y esto sólo por haber entrado la primavera. Establecido Napoleón como lo estaba en el Passarge, no cabía buen plan de ofensiva contra él, aun cuando hubiera habido una completa seguridad, que estaba muy lejos de tenerse, sobre la buena ejecución de las operaciones, oponiendo tropas rusas á las tropas francesas. Atacar por la mar y tratar de tomar á Braunsberg sobre el Passarge inferior para estrellarse en seguida contra el Vístula inferior y la plaza de Dantzig que nosotros ocupábamos, hubiera sido una verdadera cadena de locuras. Atacar por el lado opuesto, es decir, subir la corriente del Alle, pasar por entre las fuentes de éste y del Passarge, nevolver nuestra derecha y deslizarse por entre el mariscal

Ney y el cuerpo de Massena, en el espacio defendido por los polacos, era cuanto podía desear el mismo Napoleón; porque en este caso subía por su izquierda, se situaba entre los rusos y Koenigsberg, los privaba de su base de operaciones, y los metía en los intrincados laberintos de lo interior de la Polonia. Así, pues, al tomar la ofensiva, no tenía el enemigo ninguna perspectiva lisonjera, ningún resultado ventajoso que prometerse. Esperar á Napoleón en el Prézel con la derecha en Koenigsberg y la izquierda en Vehlau, defender lo mejor posible esta línea, replegarse ordenadamente sobre el Niemen si se perdía, atraer á los franceses hacia lo interior del imperio, evitando las batallas campales, oponiéndoles de este modo el más formidable de todos los obstáculos, que es el de las distancias, y privarles de la ventaja de conseguir ruidosas victorias: tal era la única conducta racional de parte del general ruso, la única cuya prudencia hizo patente en lo sucesivo la experiencia tan á costa nuestra.

Pero el general Benningsen, que había prometido á su soberano sacar de la batalla de Eylau los más ventajosos resultados, y participarle en breve un glorioso desquite de la toma de Dantzig, no podía prolongar más la inacción en que había estado durante el asedio de aquella plaza, y se creía obligado á tomar la iniciativa. Por esto sólo había formado el proyecto de caer sobre el mariscal Ney, cuya posición excesivamente avanzada se prestaba más que otra alguna á las sorpresas. Napoleón, en efecto, por su deseo de ocupar, no sólo el Passarge hasta su nacimiento, sino también el mismo Alle, en la parte superior de su corriente, para interceptar el vértice del ángulo que describen estos dos ríos, había situado al mariscal Ney en Guttstadt, sobre el Alle, y éste debía aparecer como privado de todo apoyo á cualquiera que ignorase las precauciones que se habían tomado para remediar la aparente desventaja de semejante situación. Pero todos los medios para una pronta reconcentración estaban tomados y garantizados de antemano. El mariscal Ney tenía indicada su retirada sobre Deppen, el mariscal Davout sobre Osterode, el mariscal Soult sobre Liebstadt y Mohrunen, y el mariscal Bernadotte sobre Preuss-Holland. Si el enemigo insistía, unos y otros, haciendo una jornada más, debían hallarse reunidos en Saafeld, con la guardia, con Lannes, con Mortier y con Murat, en un laberinto de lagos y bosques cuyas salidas sólo conocía Napoleón y donde tenía dispuesta una catástrofe para el adversario imprudente que fuese allí á buscarle.

Sin haber penetrado ninguna de estas combinaciones, intentó el general Benningsen apoderarse del cuerpo del mariscal Ney, y adoptó disposiciones que al primer aspecto parecían á propósito para conseguirlo. Envió contra él la mayor parte de sus fuerzas, limitándose á meros alardes con respecto á los otros mariscales. Hizo que subiesen por la corriente del Alle tres columnas, cuatro si se cuenta la guardia imperial, acompañadas de toda la caballería para acometer al mariscal Ney de frente por Altkirch, por la izquierda en Wolfsdorf y por la derecha en Guttstadt, mientras que Platow, que era el hetman (2) de los cosacos, diseminando sus jinetes

(1) Debemos estos pormenores á las Memorias militares del general Dupont, aún inéditas y llenas de interés. (N. del A.)

(2) Lleva el nombre de *hetman* ó *attaman* el jefe de los cosacos. Esta dignidad fué instituída por el rey de Polonia Bathdri en 1576, con las insignias de una bandera, una tola de caballo,

por el espacio que nos separaba del Narew, y forzando con la infantería ligera el Alle por más arriba de Guttstadt, trataba de deslizarse por entre los cuerpos de Ney y de Davout. Entretanto, la guardia imperial, mandada por el gran duque Constantino, debía permanecer en reserva detrás de las tres columnas encargadas de acometer al mariscal Ney para socorrer al que primero flaquease. Se mandó á una columna, compuesta de dos divisiones bajo las órdenes del lugarteniente Doctorow, que saliese de Olbersdorf hacia Lomitten, para asaltar los puentes del mariscal Soult é impedir que éste corriese al mariscal Ney. Otra columna rusa y prusiana, conducida por los generales Kamenski y Rembow, fué destinada á hacer un violento alarde contra el puente de Spandau que custodiaba el mariscal Bernadotte, para que toda la corriente del Passarge estuviese amagada á un mismo tiempo. Hasta encargó al general prusiano Lestocq que compareciese á vista de Braunsberg para aumentar aún más la incertidumbre de los franceses sobre el plan general por el cual se dirigían todos estos ataques.

Faltaba saber si las disposiciones del general ruso, en apariencia bien calculadas, llegarían á ejecutarse con la precisión necesaria para que saliesen bien unas operaciones tan complicadas, ó si encontrarían á los franceses tan preparados y resueltos que fuese imposible sorprenderlos y forzarlos en su posición. Nuestros generales, que aunque sospechaban que los rusos estaban dispuestos, confiaban demasiado en su propia previsión, no echaron de ver los movimientos de aquellas numerosas columnas ocultas entre los bosques y los lagos de aquella región lúgubre, y prontos á emprender su marcha á cada instante, no experimentaban temor ni sorpresa al ver los preparativos del enemigo.

Entonces tuvo ocasión de comprender cuán poderosa es la previsión de la guerra. El formidable ataque dirigido contra el mariscal Ney hubiera indefectiblemente salido bien, si nuestras tropas, diseminadas por los lugares, se hubieran visto sorprendidas, teniendo que hacer una retirada precipitada para juntarse; pero no era así, y gracias á las órdenes de Napoleón, órdenes que todos los cuerpos habían repugnado y que había sido menester dictar de una manera absoluta para que fuesen obedecidas, las tropas estaban acampadas por divisiones, defendidas con talas y parapetos de tierra, y situadas de modo que podían hacerse fuertes mucho tiempo y socorrerse mutuamente antes de tener que ceder el campo.

El 5 de junio por la mañana, al rayar el día, la vanguardia rusa, conducida por el príncipe Bagration, se dirigió velozmente hacia la posición de Altkirch, que era una de las que ocupaba el mariscal Ney con una división, sin curarse de las pequeñas avanzadas francesas diseminadas por los bosques para envolverlas y apoderarse de ellas. Nuestras tropas, que de resultados del acampamento hacían noche en batalla, satisfechas más bien que sorprendidas al aspecto del enemigo, llenas de serenidad y ejercitadas diariamente en el fuego, hicieron sobre los rusos una descarga mortífera que les

un bastón de mando y un espejo. Para destruir el nacionalismo apegado á esta dignidad, el emperador Nicolás se lo confirió no hace muchos años al gran duque Alejandro, heredero de la corona. (N. del T.)

hizo detenerse de repente. El 39, apostado más allá de Altkirch, sólo se retiró después de haber cubierto de cadáveres el pie de sus trincheras. Ejecutábanse entretanto con impetu los ataques dirigidos contra Wolsdorf por la izquierda, contra Guttstadt por la derecha, y más á la derecha aún contra Bergfried; pero felizmente faltaba en ellos el conjunto, de modo que el mariscal Ney tuvo tiempo de hacer su retirada. Corrió á ponerse al frente de sus tropas, y advirtió que el principal esfuerzo del ejército ruso se dirigía contra él, y que era llegado el caso de tomar la carretera de Deppen, que la previsión de Napoleón había señalado como línea de retirada. Tenía una de sus divisiones más allá de Guttstadt, en Krossen, y la otra á la espalda, en Glottau, y las reunió, tomando, no obstante, el tiempo preciso para juntar su artillería, sus bagajes y sus avanzadas diseminadas por los bosques, á excepción de doscientos ó trescientos hombres que dejó en la extremidad más avanzada de la selva de Amt-Guttstadt. Siguió el camino de Guttstadt á Deppen, por Quetz y Ankendorf, atravesando lentamente el pequeño espacio comprendido entre el Alle y el Passarge, deteniéndose con rara serenidad para hacer sus descargas de doble fila, cargando unas veces á la bayoneta á la infantería cuando le estrechaba muy de cerca, ó formándose en cuadro y recibiendo á quemarropa á la numerosa caballería rusa, causando por último á los enemigos una admiración que ellos mismos expresaron pocos días después (1). No quiso ceder todo el espacio de cuatro ó cinco leguas que separa en aquel paraje al Alle del Passarge, é hizo alto en Ankendorf. Había tenido que habérselas con quince mil hombres de infantería y otros tantos de caballería; y si las dos últimas columnas del príncipe Bagration y del teniente general Saken hubiesen obrado de concierto, si se hubiese reunido á ellas la guardia imperial, difícil era que contra sesenta mil hombres reunidos no hubiese sufrido un terrible descalabro. Había perdido de mil doscientos á mil quinientos hombres entre muertos y heridos; pero había destruído más de tres mil rusos. A las tres de la tarde el mismo enemigo se detuvo sin motivo alguno, como sucede siempre que falta un pensamiento enérgico y consecuente que dirija los movimientos de las grandes masas.

En aquella misma jornada el hetman Platow pasó el Alle por Bergfried, é inundó con sus cosacos todo el país silvestre y encharcado que separaba al grande ejér-

(1) He aquí cómo refiere el narrador Ploto la retirada del mariscal Ney en Deppen:

«Los franceses, maestros consumados en el arte de la guerra, resolvieron aquel día el difícil problema de emprender ante un enemigo muy superior en fuerzas, y que los acosaba con empeño, una retirada que había llegado á ser indispensable, haciéndola lo menos perjudicial en lo posible. Ejecutáronla con el mayor tino. La serenidad y el orden, y al mismo tiempo la prontitud con que el cuerpo de Ney se reunió á la señal de tres disparos de cañón; la calma y la atenta circunspección con que emprendió su retirada, durante la cual opuso una resistencia renovada á cada instante, y supo sacar partido de cada posición como verdadero vencedor; todo probó el talento del capitán que mandaba á los franceses, y el hábito de la guerra llevado en ellos á la perfección, como hubieran podido probarlo las disposiciones más acertadas y la más sabia ejecución de una operación ofensiva. Para atacar con éxito, como para oponer una resistencia regular en una retirada, se exigen raras cualidades, se requieren virtudes difíciles de practicar, y sin embargo, todo debe concurrir en el mismo personaje para que pueda llamarse un gran capitán.» (N. del A.)

cito de las avanzadas del mariscal Massena, pero no era en manera alguna probable que se atreviese á atacar á los treinta mil hombres del mariscal Davout. Oyendo éste los lejanos estampidos del cañón, se apresuró á reunir sus tropas entre el Alle y el Passarge, y tomó el camino de Alt-Ramten, que le permitía acorrer al mariscal Ney, aproximándose al mismo tiempo á Osterode. Valiéndose de una feliz estratagema, dirigió hacia el enemigo uno de sus oficiales para que lo hiciesen prisionero y se apoderasen de los pliegos que llevaba, anunciando su próxima llegada á la cabeza de cincuenta mil hombres para sostener al mariscal Ney. Por el opuesto lado, á la izquierda del cuerpo de Ney, los ataques proyectados contra los mariscales Soult y Bernadotte se realizaron con arreglo al plan convenido. El teniente general Doctorow, marchando con dos divisiones por Wormditt y Olbersdorf, sobre las cabezas del puente que custodiaba el mariscal Soult, se encontró antes de llegar al Passarge con numerosas talas, y guarecidos en ellas valientes fusileros que hacían un fuego continuo y bien dirigido. Tuvo que batirse muchas horas de seguida para forzar los obstáculos que defendían los accesos del puente de Lomitten. No bien consiguió barrer una parte de las talas, arremetieron á sus tropas las compañías de reserva, y las repelieron á bayonetazos. Habían atravesado diversos vados del Passarge unos cuantos destacamentos de caballería rusa, y nuestros cazadores de á caballo los obligaron á volver grupas; por todas partes quedaba la corriente del Passarge en poder de las animosas tropas del mariscal Soult. Sólo quedaron á lo último en poder de los rusos las talas medio incendiadas que había antes de llegar al puente de Lomitten. Detúvose al concluir el día el general Doctorow, rendido de fatiga y sin esperanza de vencer aquellos obstáculos defendidos por tan valientes soldados. Los rusos, acometiendo á descubierto á nuestras tropas bien guarecidas, habían quedado con más de dos mil hombres fuera de combate, sin hacernos perder más de mil. Los generales Ferey y Vivié, de la división de Carra-Saint-Cyr, con el 47 y el 56 de línera y el 24 ligero se cubrieron de gloria en el puente de Lomitten.

En el puente de Spandau ocurrió una acción poco más ó menos semejante, en que figuró el mariscal Bernadotte. Cubría el puente una trinchera de tierra, y la custodiaba el 27 ligero, cubiertas las espaldas por las dos brigadas de la división de Villate. Desde el principio de la acción recibió el mariscal Bernadotte en el cuello una herida que le precisó á substituir el mando en su jefe de estado mayor el general Maisón, uno de los oficiales más inteligentes y enérgicos del ejército. Reunidos á la sazón los rusos con los prusianos, batiéron largo rato la cabeza del puente, y cuando juzgaron haber desconcertado á las tropas que le defendían, avanzaron para escalarla. Los soldados del 27 ligero habían recibido orden de tenderse en tierra para no ser vistos: dejaron llegar á los sitiadores hasta el pie de la trinchera, y entonces con una descarga á quemarropa derribaron á trescientos é hirieron á muchos centenares. Los rusos y los prusianos se desbandaron consternados, huyendo desordenadamente, y saliendo entonces de la cabeza del puente el 17 de dragones, se lanzó sobre ellos á galope pasando muchos á cuchillo. El ataque por aquel punto no pasó adelante: le costó al enemigo de

seiscientos á setecientos hombres, pero nuestra pérdida fué insignificante.

Este modo vigoroso de repeler á los rusos á lo largo del Passarge, les causó una sorpresa fácil de concebir y produjo una momentánea vacilación en sus proyectos, poco maduros para que pudieran llevarse á cabo con perseverancia. La columna rusa y prusiana de los generales Kamenski y Rembow, batida en Spandau, esperaba órdenes ulteriores antes de empeñarse en nuevas empresas. El teniente general Doctorow, detenido en el puente de Lomitten, subió la corriente del Passarge para acercarse al grueso del ejército ruso. El general Benningsen, rodeado en Quetz por la mayor parte de sus tropas sin haber podido sorprender el cuerpo del mariscal Ney, pero habiéndole obligado á retroceder, y sin explicarse aún todos los obstáculos que iba á encontrar, resolvió hacer un nuevo esfuerzo al día siguiente contra aquel mismo cuerpo, objeto de sus más violentos ataques.

Seis ó siete horas después de estas tentativas simultáneas sobre la línea del Passarge, recibió Napoleón la noticia en Finkenstein, porque se hallaba apenas doce leguas distante de sus lugartenientes, y había cuidado de disponer su correspondencia de tal modo, que pudiera saber con la mayor prontitud los más pequeños acontecimientos. Sólo tenía cinco días de retraso, porque había dado sus órdenes para el 10 de junio; por consiguiente, no era posible cogerle desprevenido. Fijas sus ideas sobre todo lo que pudiera ocurrir, no era posible que la menor vacilación demorase sus disposiciones. Aprobó la conducta del mariscal Ney, le hizo los elogios que se merecía y le mandó que se retirase ordenadamente sobre Deppen, y si no podía defender en aquel punto el Passarge, se replegase por el laberinto de los lagos, primero á Liebemühl y después á Saalfeld. Mandó al mariscal Davout que se reuniese inmediatamente con sus tres divisiones sobre el flanco izquierdo del mariscal Ney dirigiéndose hasta Osterode, lo que, como hemos visto, estaba ya ejecutado. Mandó al mariscal Soult que insistiese en la defensa del Passarge, pero pudiendo retirarse hacia Mohrunge y desde allí hacia Saalfeld si veía forzada su posición ó si cualquiera de los que estaban próximos á él perdía la suya. La misma instrucción envió al cuerpo del mariscal Bernadotte, indicándole el camino de Preuss-Holland sobre Saalfeld como línea de retirada.

Mientras Napoleón dirigía hacia Saalfeld á sus lugartenientes que se hallaban avanzados, llamaba hacia el mismo punto á los que se hallaban á retaguardia. Mandó al mariscal Lannes que pasase de Mariemburgo á Critburgo y Saalfeld, al mariscal Mortier, que se hallaba en Dirschau, que siguiese el mismo camino, y tanto al uno como al otro que llevasen consigo todos los víveres que pudiesen. La caballería ligera recibió orden de reunirse en Elbing y la caballería pesada en Critburgo para encaminarse hacia Saalfeld. Las tres divisiones de dragones que acampaban sobre la derecha en Bischoffswärder, en Strasburgo y en Soldau, debían reunirse por Osterode en torno del cuerpo de Davout. Todas ellas debían llevar sus víveres en carros dispuestos de antemano. Cuarenta y ocho horas se necesitaban para que se ejecutasen estas diversas reconcentraciones y para que se reuniesen ciento sesenta mil hombres entre Saal-